

¡qué horror! ¡qué asco! ¡amores con un clérigo!»
Y ahora sí que la imagen de don Alvaro se le presentaba risueña, elegante, fresca y viva. «Al fin aquello estaba dentro de las leyes naturales y sociales... á lo menos era cosa menos repugnante... menos ridícula; no, lo que es ridículo, nada... pero un canónigo!...»

Y le parecía que el pecado de querer á un Mesía era ya poco menos que nada, sobre todo si servía para huir de los amores de un Magistral... «¡Pero qué se habría figurado aquel señor cura?»

No se acordaba la Regenta ahora de aquello del «hermano mayor del alma.» ni de la leña que ella, sin mala intención, sin asomo de coquetería, había arrojado al fuego de que ahora se avergonzaba. La pasión, que ahora halagaba con su nueva vida, vencedora, próxima á estallar, le sugería sofisma tras sofisma para encontrar repugnante, odiosa, criminal la conducta del Provisor, y noble, caballerisca la de Mesía.

El cual, aquella misma mañana en el pozo lleno de yerba, antes en el patio de la iglesia, por las callejas, cuando venían detrás del tambor y de la gaita, en el bosque, después en el carro de Pepe, donde venían juntos, casi sentada ella encima de él, sin poder remediarlo, más tarde en el salón, en todas partes y en todo el día le había estado dejando ver que la adoraba, «pero no se lo había dicho, por respeto... á fuerza de quererla tanto.»

Y comparando proceder con proceder, Anita encontraba abominable el del clérigo.

Y le faltó tiempo para decírselo á don Alvaro.

En tono confidencial, que al lechuguino le supo á gloria, le fué diciendo, cuando pudo hablarle sin que los oyeran:

—¿Qué le parece á Vd. la conducta del Magistral?

¿Qué le había de parecer á don Alvaro? ¡Abomina-

ble! ¿Pues qué era lo que él, don Alvaro, tenía dicho? Que no había que fiarse del Provisor, etc., etc.

—«Sí, Ana, está enamorado de Vd., loco, loco... eso se lo conocí yo hace mucho tiempo... porque... porque...»

Y Alvaro sonreía de un modo que lo decía todo perfectamente, y hasta con acompañamiento de una música dulcísima que la Regenta creía oír dentro de sus entrañas; una música que le salía de los ojos y de la boca... «¡qué sabía ella! pero aquello era una delicia mucho más fuerte que todas las del *misticismo*.»

Cuando hablaban así, como *otros dos hermanos del alma*, empezaba la noche, retumbaban los truenos lejanos y vibraban en el cielo los relámpagos que á don Fermín le sorprendieron al entrar en Vetusta. Ana y Mesía estaban solos apoyados en el antepecho de la galería del primer piso, en una esquina de aquel corredor de cristales que daba vuelta á toda la casa. La mayor parte de los convidados abajo, en el salón, se preparaban á volver á Vetusta, otros preferían aceptar la hospitalidad que los marqueses les ofrecían en el Vivero por aquella noche. Todo era abajo ruido, movimiento, órdenes confusas, broma, vacilaciones, unos que se quedaban y de repente preferían emprender el viaje, otros que se preparaban á ocupar un asiento en un coche y volvían á la casa prefiriendo «dormir en el suelo aunque fuera.» Ripamilán desde luégo aceptó la cama que le ofreció la Marquesa «para él solo.»

—Vuelve la tormenta y yo no quiero bromas con la electricidad; me consta que la carrera de un coche atrae el rayo... Me quedo, me quedo.

Las baronesas prefirieron desafiar la tempestad. El Barón quería más quedarse, pero tuvo que seguir las. También se metió en el coche el gobernador, pero su esposa se quedó con los marqueses. Bermúdez volvió á Vetusta; Visitación, Obdulia, Edelmira, Paco y Mesía, se quedaban.

Mientras abajo se trataban á gritos y con idas y venidas tan arduas materias, Edelmira, Obdulia, Visita, Paco y Joaquín corrían como locos por el corredor del primer piso. Visitación estaba un poco borracha, no tanto por lo que había bebido como por lo que había alborotado; Obdulia decía que tenía un clavo en la sién; había bebido mucho más, pero el torbellino del baile, las emociones fuertes del escondite la mantenían en pié, firme de puro excitada. Edelmira, maestra ya en el arte de divertirse al estilo de la casa de sus tíos, estaba como una amapola y reía y gozaba con estrépito; su alegría era comunicativa y simpática. Paco la pellizcaba sin compasión y ella despedazaba los brazos de Paco; Joaquín Orgaz, que había conseguido aquella tarde algunas ventajas positivas en el amor siempre efímero de Obdulia, pellizcaba también; y había carreras, tropezones, voces, aprietos, saltos, sustos, sorpresas. Ahora, mientras Ana y Alvaro hablaban asomados á la galería, sin miedo al agua que les salpicaba el rostro ni á los relámpagos que rasgaban el horizonte negro enfrente de sus ojos, los demás, en la oscuridad del corredor estrecho jugaban á un juego de niños que se llamaba en Vetusta *el cachipote*, y que consiste en esconder un pañuelo convertido en látigo y buscarlo por las señas conocidas de: frío y caliente. El que lo encuentra corre detrás de los otros á latigazos hasta llegar á la madre. Este juego inocente daba ocasión á multitud de sabrosos incidentes entre aquellos jugadores todos malicia. Á menudo dos manos, una de hembra y otra de varón, buscaban en el mismo agujero el *cachipote*; los que corrían se atropellaban, y la verdad histórica exige que se declare, por más que parezca inverosímil, que muy á menudo aquellos *chicos* que corrían como locos todos juntos por la estrecha galería, huyendo del látigo, caían al suelo en confuso montón, mientras el zurriago les media las espaldas.

Y mientras abajo sonaba el ruido confuso y gárrulo de las despedidas y preparativos de marcha, y detrás el estrépito de los que corrían en la galería, y allá en el cielo, de tarde en tarde, el bramido del trueno, la



Regenta, sin notar las gotas de agua en el rostro, ó encontrando deliciosa aquella frescura, oía por la primera vez de su vida una declaración de amor apasionada pero respetuosa, discreta, toda idealismo, llena de salvedades y eufemismos que las circunstancias y el estado de Ana exigían, con lo cual crecía su encan-

to, irresistible para aquella mujer que sentía las emociones de los quince años al frisar con los treinta.

No tenía valor, ni aun deseo de mandar á don Alvaro que se callase, que se reportase, que mirase quién era ella. «Bastante lo miraba, bastante se contenía para lo mucho que aseguraba sentir y sentiría de fijo.»

«No, no, que no calle, que hable toda la vida,» decía el alma entera. Y Ana, encendida la mejilla, cerca de la cual hablaba el presidente del Casino, no pensaba en tal instante ni en que ella era casada, ni en que había sido *mística*, ni siquiera en que había maridos y Magistrales en el mundo. Se sentía caer en un abismo de flores. Aquello era caer, sí, pero *caer al cielo*.

Para lo único que le quedaba un poco de conciencia, fuera de lo presente, era para comparar las delicias que estaba gozando con las que había encontrado en la meditación religiosa. En esta última había un esfuerzo doloroso, una frialdad abstracta, y en rigor algo enfermizo, una exaltación malsana; y en lo que estaba pasando ahora ella era pasiva, no había esfuerzo, no había frialdad, no había más que placer, salud, fuerza, nada de abstracción, nada de tener que figurarse algo ausente, delicia positiva, tangible, inmediata, dicha sin reserva, sin trascender á nada más que á la esperanza de que durase eternamente. No, por allí no se iba á la locura.»

Don Alvaro estaba elocuente; no pedía nada, ni siquiera una respuesta; es más, lloraba, sin llorar por supuesto, «de pura gratitud, sólo porque le oían.» «¡Había callado tanto tiempo! ¿Que había mil preocupaciones, millones de obstáculos que se oponían á su felicidad? Ya lo sabía él; pero él no pedía más que lástima, y la dicha de que le dejaran hablar, de hacerse oír y de no ser tenido por un libertino *vulgar*, necio, que era lo que el *vulgo estúpido* había querido hacer de él.»

Siempre le había gustado mucho á Ana que llamasen al vulgo *estúpido*; para ella la señal de la *distinción* espiritual estaba en el desprecio del vulgo, de los *vetustenses*. Tenía la Regenta este defecto, tal vez heredado de su padre: que para distinguirse de la *masa de los creyentes*, necesitaba recurrir á la teoría hoy muy generalizada del *vulgo idiota*, de la *bestialidad humana*, etc., etc.

Por fortuna, don Alvaro sabía perfectamente manejar este resorte: era él capaz de despreciar, llegado el caso, al mismo sol del medio día si se oponía á sus pasiones. «Todo era preocupación, pequeñez de ánimo... Pero, ¿tenía él derecho para que Ana siguiera sus ideas y despreciase las maliciosas y groseras aprensiones del vulgo? Oh, no; ya sabía que la *letra* estaba contra él... Al fin, ¿qué era él? Un hombre que hablaba de amor á una señora que era de otro, ante los hombres... Ya lo sabía, sí; no exigía que Ana se hiciera superior á tantas tradiciones, leyes y costumbres, lugares comunes y rutinas como le condenaban; claro que había en el mundo mujeres, virtuosas como la que más, que ya sabían á qué atenerse respecto de la letra de la ley moral que condenaba aquel amor de Mesía; pero ¿podía él pedir á Ana, educada por fanáticos, que había pasado su juventud en un pueblo como *Vetusta*, podía pedirla que se dignase siquiera alentar su pasión con una esperanza? Oh, no; demasiado sabía que no... bastaba con que le oyera. ¡Cuántos años había estado sin querer oírle! Y lo que él había padecido!... Pero, en fin, de esto ya no había que acordarse. El dolor había sido infinito... infinito... pero todo lo compensaba la felicidad de aquel momento. Callaba Ana, oía... ¿pues qué más dicha podía él ambicionar?...»

Á la luz de un relámpago, la Regenta vió los ojos de Alvaro brillantes y envueltos en humedad de lágrimas...

También tenía las mejillas húmedas... Ella no pensó que esto podía ser agua del cielo.

«¡Estaba llorando aquel hombre... el hombre más hermoso que ella había visto, el compañero de sus sueños, el que debió haberlo sido de su vida!...»

«Pero ¿por qué hablaba de agradecimiento? ¿Por que ella no le interrumpía? Si él supiera... si él supiera que no podía ni hablar!...»

Ana sentía un placer *puramente material*, pensaba ella, en aquel sitio de sus entrañas que no era el vientre ni el corazón, sino en el medio. Sí, el placer era *puramente material*, pero su intensidad le hacía grandioso, sublime. «Cuando se gozaba tanto, debía de haber derecho á gozar.»

Cuando Alvaro, creyendo bastante cargada la mina, suplicó que se le dijera algo, por ejemplo, si se le perdonaba aquella declaración, si se le quería mal, si se había puesto en ridículo... si se burlaba de él, etc., Ana, separándose del roce de aquel brazo que la abrazaba, con un mohín de niña, pero sin asomo de coquetería, arisca, como un animal débil y montaraz herido, se quejó... se quejó con un sonido gutural, hondo, mimoso, de víctima noble, suave. Fué su quejido como un estertor de la virtud que espiraba en aquel espíritu solitario hasta entonces...

Y se alejó de Alvaro, llamó á Visita... la abrazó nerviosa y dijo, pudiendo al fin hablar:

—¿Á qué jugáis, locos...?»

—Ahora ya á nada... Jugábamos al cachipote, pero Paco y Edelmira están allá en la esquina del otro frente disputando sobre quién tiene más fuerza, si ella ó él... Ven, ven, verás qué puños los de Edelmira.

En la más oscura de las galerías, en un rincón, amontonados, estaban los demás compañeros de broma; Edelmira y Paco espalda con espalda, como se baila á veces la *muñeira*, sobre todo en el teatro, medían sus

fuerzas... Paco resistía con dificultad el empuje violento de su prima, que gozando lo que ella y el diablo sabían, se incrustaba en la carne de su primo, más blanda que la suya, empeñada en vencerle y hacerle andar hacia adelante mientras ella andaba hacia atrás. Al cabo Edelmira venció, y Paco, silbado por los presentes, propuso luchar de frente, con las manos apoyadas en los hombros del contrario. Así se hizo y esta vez venció Paco.

Joaquín propuso la misma lucha á Obdulia; Visita se atrevió á medir con la Regenta sus fuerzas. Joaquín y Ana vencieron. Á don Alvaro, que no tenía con quién luchar, se le vino á la memoria la escena del columpio en que le venció el maldito De Pas... «Pero ahora le tenía debajo de los piés.»

«Más valía maña que fuerza.»

Siguieron los ejercicios corporales; el ruido del agua, la luz de los relámpagos, los truenos lejanos, la oscuridad ambiente, los vapores de la comida, la estrechez del corredor todo los animaba, los arrojaba á la alegría aldeana, á los juegos brutales de la lascivia subrepticia, moderados en ellos por instintos de la educación. Pero volvieron los pellizcos, los gritos, los puñetazos de las mujeres en la cabeza de los varones. Ana jamás había asistido á escenas semejantes; ella y don Alvaro no tomaban parte activa en la broma al principio, pero al fin le tocó á la Regenta algún pellizco, ninguno de Mesía, á éste varios de Obdulia y Visita, y, sin pensarlo, Ana en la general contienda más de una vez sintió su espalda oprimida por la de Alvaro, y aunque huía el contacto delicioso, de un sabor especial, en cuanto lo notaba, el contacto volvía, y Ana iba sintiendo emociones extrañas, nuevas del todo, una inquietud alarmante, sofocaciones repentinas y una especie de sed de todo el cuerpo que hasta le quitaba la conciencia de cuanto no fuese aquel rincón oscuro,

estrecho, donde cantaban, reían, saltaban... Como una música lejana, dulcísima en su suavidad, recordaba todos los pormenores de la declaración amorosa de Mesía...

Fatigados con tanto movimiento y alardes de fuerza, choques y excitaciones vanas, Paco y Joaquín, antes que Edelmira, Obdulia y Visita, dejaron de correr y *enredar*; y muy serios, con la melancolía del cansancio, se pusieron á contemplar la luna que apareció en el horizonte como una linterna en el campo de batalla de las nubes, que yacían desgarradas por el cielo.

Paco, con regular voz de baritono, cantó pedazos de *Favorita* y de *Sonámbula*, y Joaquín *salió por malagueñas*, como él decía; en su voz había una tristeza que contrastaba con la alegría que le brillaba en los ojos, clavados en los de Obdulia, quien aquella noche se había propuesto dar el premio de sus favores, no el principal, al género flamenco. Por fortuna Joaquín se conformaba con el *accésit*.

Don Víctor, que se aburría abajo, oyó cantar el *Spirito gentil* y subió. Le daba ahora por la música. Cantar óperas, á su modo, y oír cantar á los que *afinaban* más que él, era su delicia por aquella temporada, y si todo esto se hacía á la luz de la luna, miel sobre hojuelas.

Todos en un grupo, respirando el fresco de la noche, contemplando la luna que salía por la bóveda desgarrando girones de nubes de forma caprichosa, cantaban á la vez ó por turno y hablaban en voz baja, como respetando la majestad de la naturaleza dormida, con languidez del cuerpo y del alma.

Don Víctor era más soñador que ninguno de los presentes. Se acercó á Mesía, consiguió entablar conversación particular con él; y como encontró á su amigo más atento que nunca, más cordial, más afectuoso, no tardó en abrirle el alma de par en par.

Cuando ya los otros se habían cansado de la luna y

de las óperas y las malagueñas, don Víctor que había comido bien y merendado con frecuentes libaciones, seguía abriendo el pecho ante la atención de Mesía, atención muda, intachable.

—Mire Vd.—decía el viejo—yo no sé cómo soy, pero sin creerme un Tenorio, siempre he sido afortunado en mis tentativas amorosas; pocas veces las mujeres con quien me he atrevido á ser audaz, han tomado á mal mis demasías... pero debo decirlo todo: no sé por qué tibieza ó encogimiento de carácter, por frialdad de la sangre ó por lo que sea, la mayor parte de mis aventuras se han quedado á medio camino... No tengo el dón de la constancia.

—Pues es indispensable.

—Ya lo veo; pero no lo tengo. Mis pasiones son fuegos fatuos; he tenido más de diez mujeres medio renegadas... y muy pocas, tal vez ninguna puedo decir que haya sido mía, lo que se llama mía... Sin ir más lejos...

Don Víctor, en el seno de la amistad, seguro de que Mesía había de ser un pozo, le refirió las persecuciones de que había sido víctima, las provocaciones lascivas de Petra; y confesó que al fin, después de resistir mucho tiempo, años, como un José... habíase cegado en un momento... y había jugado el todo por el todo. Pero nada, lo de siempre; bastó que la muchacha opusiera la resistencia que el fingido pudor exigía, para que él, seguro de vencer, enfriara, cejase en su descabellado propósito, contentándose con pequeños favores y con el conocimiento exacto de la hermosura que ya no había de poseer.

Y de una en otra vino á declarar el hallazgo de la liga, aunque sin decir que había sido de su mujer. Le parecía una debilidad indigna de un marido «de mundo» regalarle ligas á su señora. Pidió consejo á Mesía respecto de su conducta futura con Petra.

—¿Debo despedirla?

—¿Tiene Vd. celos?

—No, señor; yo no soy el perro del hortelano... aunque he de confesar que algo me disgustó en el primer momento el descubrir aquella prueba de su liviandad.

—Pero ¿está Vd. seguro de que la liga es de Petra?

—Ah, sí; estoy absolutamente seguro.

Y siguió Quintanar hablando, hablando, sin trazas de dejarlo.

La alcoba en que dormían Ana y don Víctor tenía una ventana á la galería precisamente del lado en que estaban conversando los dos amigos.

La Regenta abrió de repente las vidrieras y llamó á su marido.

—Pero, Víctor, ¿no te acuestas hoy?

Los dos amigos se volvieron.

Quintanar tenía los ojos inflamados y las mejillas encendidas... Sus confidencias le habían rejuvenecido...

—¿Pero qué hora es, hija mía?

—Muy tarde... Ya sabes que en la aldea nos recogemos temprano. Los marqueses ya están recogidos. Ahora mismo acaba de llamar la Marquesa á Edelmira, que duerme en su cuarto.

—Bobadas de mamá—dijo Paco de mal humor—apareciendo por un extremo de la galería. Edelmira prefería dormir con Obdulia, como es natural... y ahora doña Rufina la hacía acostarse en su misma alcoba... Bobadas... Tonterías de mamá...

—Buena está Obdulia para dormir con nadie—dijo Visita que venía del cuarto contiguo al de Ana.

—¿Pues qué tiene?

—Yo creo que una *mica*, una borrachera de mil cosas, de ruido, de fatiga y hasta de vino... qué sé yo; ello es que está en la cama dando ayes y dice que allí

no se acuesta nadie, que quiere dormir sola... yo me voy junto á ella; voy á poner mi cama al lado de la suya... Buenas noches...

Y acercándose á la ventana sujetó á la Regenta por los hombros, le habló al oído, le llenó de besos estremitosos la cara y corrió á su cuarto, haciendo antes una mueca de conmiseración burlesca á Joaquineto Orgaz que, cabizbajo y tristón, rondaba por los pasillos.

—Vamos, vamos, ya ves que todos se retiran. Víctor, á la cama.

Ana sonreía, hermosa y fresca con su traje sencillo de la hora de acostarse.

—¿Y Vds. ?—dijo Quintanar.

—Nosotros—respondió Paco—nos hemos quedado sin cama porque á la señora gobernadora le dió el capricho de tener miedo á los truenos y quedarse á dormir...

—¿De modo ?...—preguntó Ana risueña.

—Que dormiremos en un sofá.

—Vaya, vaya, pues buenas noches.

—Espera un poco, tonta, mira qué buena noche está... hablemos aquí un poco...

—Yo no tengo sueño; tiene razón Paco; hablemos—dijo don Víctor, que había entrado en su cuarto y se había puesto las zapatillas y el gorro de borla de oro.

—¿Cómo hablar? no señor,... á la cama...

Y Ana, coqueta sin querer, amenazó graciosa, provocativa, con cerrar las ventanas y las contraventanas...

Mesia con un mohín le suplicó que esperase...

Y hablando en tono confidencial, comentando los sucesos del día, las bromas, los juegos, estuvieron á la luz de la luna cerca de una hora todavía; Ana y su marido dentro, Paco, Joaquín y Álvaro en la galería...

Don Víctor estaba en sus glorias. Ver á su Anita alegre, expansiva, y allí, cerca del propio lecho, á los amigos jóvenes en cuya compañía se sentía él joven también ¿ qué mayor dicha? Ni la sombra de una sospecha se le asomaba al alma al noble ex-regente. Ya todo era silencio en la casa, todos dormían, y solo en aquel rincón de la galería, junto á aquella ventana abierta había el ruido suave de un cuchicheo. Hablaban á veces dos ó tres á un tiempo, pero todos en voz baja que parecía dar más intimidad é interés á lo que se decían. Ana esquivaba unas veces las miradas de don Alvaro, que fumaba apoyado un codo muy cerca de los de Anita, también reclinada sobre el antepecho. Otras veces, las más, los ojos se clavaban en los ojos y sin que nadie pudiera remediarlo se decían amores, cada vez más elocuentes.

Alvaro, de tarde en tarde, miraba de soslayo y con envidia y codicia al interior de la alcoba... Ana sorprendió alguna de aquellas miradas rápidas y compadeció al enamorado galán, sin tomar á mal su curiosidad indiscreta.

Don Víctor no llevaba traza de poner fin al palique y Ana misma se creyó en el caso de decir:

—Vaya, vaya..... hasta mañana; Víctor, adentro, adentro.

Y cerró las vidrieras en las narices de Alvaro y de los pollos. Paco y Joaquín desaparecieron en lo oscuro del corredor. Quintanar ya estaba de espaldas, allá en el fondo de la alcoba, en mangas de camisa. Don Alvaro no se movía; y vió á la Regenta detrás de los cristales, cerrando pausadamente las maderas; y ella en medio, en el hueco de luz, mirándole seria, dulce... y después cuando ya solo quedaba un intersticio le miró risueña, juguetona. Volvió á abrir otro poco... y volvió á verle todo el rostro.

—Adiós, adiós, dormir bien—dijo Ana, detrás de las

vidrieras; y cerró las contraventanas de golpe y corrió el pestillo.—

Como la romería de San Pedro hubo muchas durante el mes de Julio por los alrededores del Vivero. Á casi todas asistieron los marqueses y sus amigos. Quintanar y señora esperaban á los de Vetusta en la quinta; y unas veces á pié, otras en coche, se emprendía la marcha, se recorría aquellas aldeas pintorescas, se oían aquellos cánticos, monotonos, pero siempre agradables, dulces y melancólicos de la danza indígena, y se volvía al oscurecer, comiendo avellanas y cantando, entre labriegos y campesinas retozonas, confundidos señores y colonos en una mezcla que enternecía á don Víctor; el cual decía: «Vea Vd. si se pudieran realizar la igualdad y la fraternidad... no había cosa mejor ni más poética.»

Mesía y Paco no faltaban ni á una de estas excursiones; pero, además, solían visitar á la Regenta cada tres ó cuatro días. Á veces Ana y Quintanar, después de comer, á eso de las cuatro de la tarde, salían á la carretera de Santianes á esperar á sus amigos. La soledad le iba pesando un poco á don Víctor y aquellas visitas las agradecía en el alma. Ana al divisar allá lejos, en el extremo de la cinta larga y estrecha de carretera las siluetas de los dos poderosos caballos blancos de Mesía y Vegallana, sentía un placer que se le antojaba infantil... y se ponía nerviosa de ansiedad que crecía según se acercaban los bultos y se aclaraban las figuras de caballos y jinetes.

Ni Visitación ni Paco se atrevían ya nunca á decir nada á don Alvaro alusivo á sus pretensiones amorosas: le dejaban hacer; conocían en *la cara de gloria* del Tenorio que esperaba el triunfo, que tal vez lo estaba tocando, y comprendían que el pudor, la vergüenza, mejor dicho, exigía un silencio absoluto respecto del caso. Don Alvaro agradecía «la delicadeza» de sus